

vuestra misma vocación. Enseñadle á obedecer á su rey y á defender á su patria.
 PABLO. ¡Señor!
 CARL. (*A don Rodrigo.*) ¿No os dije, don Rodrigo, que la jornada sería buena?
 ROD. Ha concluido, señor, mejor que empezó.
 FEL. (*A Carlos.*) Vuestra Majestad nos consagrará un día siquiera...
 CARL. (*Bajo al rey.*) Don Felipe, es cosa embarazosa para una corte poner buena cara al pasado, sin comprometerse con el presente; puesto entre el agradecimiento y el interés, el más diestro vacilaría. Evitemos entrambos la prueba. (*Alto.*) Os dejo, hijo mío: la Majestad que reinó debe ceder el puesto á la Majestad que reina.
 FEL. No me atrevo á insistir.
 ROD. (Por temor de que la sombra eclipse el sol.)

CARL. Doña Florinda, partamos. Vuestro destino pende de mí.
 JUAN. ¿Cómo? ¡Señor, padre mío!!!
 FLOR. Príncipe, no nos volveremos á ver en la tierra, pero viviremos juntos en mis oraciones al Dios de todos: para mí le pediré resignación, que da esfuerzo para sufrir en silencio; y para vos gloria, única disculpa del olvido.
 JUAN. ¡Olvidaros! ¡jamás, señora, jamás!
 CARL. (*A Felipe.*) Adiós, don Felipe. (*A don Juan.*) Príncipe, adiós. Quedad vos, Pablo, en la corte: ¿quedáis contento?
 PABLO. Por demás, señor. Es tan hermosa esta corte donde todos se sonríen, y se abrazan y se quieren...
 CARL. (*Dándole con la mano en la mejilla.*) ¡Como en el convento!



EL ARTE DE CONSPIRAR

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

MARIA JULIA, reina viuda, suegra de Cristiano VIII, rey de Dinamarca	BERTON BURKENSTAF, mercader de sedas
EL CONDE BELTRAN DE RANTZAU, miembro del consejo de Estruansé, primer ministro	MARTA, su mujer
FALKLEND, ministro de la Guerra, miembro del consejo de Estruansé	EDUARDO, su hijo
FEDERICO DE GELER, sobrino del ministro de Marina	JUAN, mancebo de su tienda
CAROLINA, hija de Falklend	JORGE, criado de Falklend
KOLLER, coronel	BERGEN, señor de la corte
	UN UGIER
	EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA
	PUEBLO

La escena se supone pasar en Copenhague en enero de 1772

ACTO PRIMERO

Salón del palacio del rey Cristiano. — A la izquierda la habitación del rey. — A la derecha la de Estruansé

ESCENA PRIMERA

KOLLER, sentado á la derecha; al mismo lado Grandes del reino, militares, empleados de palacio, pretendientes, con memoriales, esperando la audiencia de Estruansé

KOLL. (*Mirando á la izquierda.*) ¡Qué soledad en las habitaciones del rey! (*Mirando á la derecha.*) ¡Qué multitud á la puerta del favorito!... Si yo fuera poeta satírico, mi empleo era el más á propósito... ¡capitán de guardias en una corte donde un médico es primer ministro, la mujer del médico reina y el rey nada! Ya se ve, ¡un rey débil y enfermo! ¿Quién ha de mandar? ¡Paciencia!... Para eso está aquí la *Gaceta*, que ve en eso nuestra mayor felicidad... (*Leyendo para sí.*) ¡Hola!... Otro decreto... «Copenhague; 14 de enero de 1772. Nos Cristiano VIII, por la gracia de Dios rey de Dinamarca y de Noruega, por la presente hemos venido en confiar á su excelencia el conde de Estruansé, primer ministro y presidente del consejo, el sello del Estado; y mandamos que todos los actos ema-

nados de él se guarden, cumplan y obedezcan en todo el reino, sin más requisito que su sola firma, y aunque Nos no pongamos la nuestra...» Ahora comprendo la causa del gentío que acude esta mañana á cumplimentar al favorito... ¡eh! ya es rey de Dinamarca... este decreto es una abdicación del otro... (*Viendo llegar á Bergen.*) ¡Ah! ¡vos aquí, querido Bergen!

BERG. Sí, coronel. ¿Veis qué gentío en la antecámara?

KOLL. Aguardan que se levante el amo.

BERG. Desde que amanece le llueven las visitas.

KOLL. Eso es muy justo. Ha hecho tantas él cuando era médico, que es razón que se las paguen ahora que es ministro. ¿Habéis leído la *Gaceta* de hoy?

BERG. No me habléis de eso... Todo el mundo está escandalizado. ¡Qué descarol! ¡Qué infamia!

UN UGIER. (*Sale de la habitación derecha.*) Su excelencia el conde de Estruansé está visible.

BERG. Perdonad. (*Se mete entre la multitud y entra en la habitación de la derecha.*)

KOLL. ¡También éste va á pretender! He aquí los hombres que logran los empleos... y

nosotros pormás que pretendamos, ¡nada!... Pues bien; antes morir que deberle la menor gracia... ¡tengo demasiado orgullo para eso! Cuatro veces me ha negado ya... á mí... el coronel Koller, el grado de general, que tengo tan merecido, aunque no deba yo decirlo... pues hace diez años que lo pretendo. Pero le ha de pesar... él sabrá quién soy yo... ¿No quiere comprar mis servicios?... Se los venderé á otros. (*Mirando al foro.*) La reina madre, María Julia; viuda, á su edad... demasiado pronto por cierto... ¡Es terrible! razón tiene para aborrecerle más que yo.

ESCENA II

LA REINA, KOLLER

REINA. (*Mirando al rededor con inquietud.*) ¡Ah! ¡sois vos, Koller!

KOLL. Nada temáis, señora; estamos solos: todos acaban de entrar á besar los pies de Estruansé y de la hermosa condesa... ¿Habéis hablado al rey?

REINA. Ayer, como teníamos convenido, le hallé solo en un cuarto retirado triste, pensativo... se le caían las lágrimas, y estaba haciendo fiestas á su enorme perro, su fiel compañero, el único de sus dependientes que no le ha abandonado. «Hijo mío, le dije, ¿no me conoces?—Sí, me contestó; sois mi madrastra... no, no, añadió cariñosamente, mi amiga, mi verdadera amiga, porque me tenéis lástima, ¡me venís á ver!...» Y alargándome la mano, me decía afligido: «¡Veis qué malo estoy! Yo muero, señora, y no hay remedio para mí.»

KOLL. ¿No es cierto, pues, que esté privado del juicio, como quieren hacernos creer?

REINA. No, sino viejo antes de tiempo, aniquilado enteramente por excesos de toda especie: se han embotado sus facultades, y se ha debilitado su cabeza hasta el punto de no poder soportar el menor trabajo, la más ligera ocupación: hasta el hablar le cuesta un esfuerzo... pero al oír lo que se le dice, se animan sus ojos, y brillan con una expresión particular. Ayer su semblante manifestaba muy al vivo cuánto sufría, y me dijo con una sonrisa amarga: «Ya lo veis; todos me abandonan.—¿Y la condesa? ¿Y Estruansé?—¡Estruansé!... ¡lo quiero tanto! ¿dónde está? que venga á curarme.»

KOLL. Entonces era ocasión de manifestarle... de abrirle los ojos...

REINA. Ya lo hice; pero era preciso mucho... Sabéis lo que puede en el corazón de un enfermo pusilánime, abatido, débil, un médico que le promete la salud... la vida... Es su oráculo... su amo... ¡su Dios!—Empecé, pues, por recordarle cuando ese hombre oscuro logró introducirse en palacio, á pretexto de la enfermedad del príncipe, y casi le hice ver que él lo mató errando torpemente la cura; le puse ante los ojos cómo después su carácter intrigante logró granjearle su intimidad, y adulando sus pasiones llevarlo él mismo de exceso en exceso al estado de postración en que se halla... con la idea sin duda de hacerse cada día más preciso, de dominarle más y más, y llegar á satisfacer los planes desmedidos de ambición que la casualidad le ofrecía... Le hice ver que, lejos de emplear su ciencia en curarlo, su interés era mantenerle largos años en aquel estado doloroso de sufrimiento y de debilidad que tanto le atormenta, y con promesas y esperanzas mentidas, con consejos falsos y pérfidos, asustarlo, aislarlo, y arrancar de sus manos el poder. Se le presenté elevándose sucesivamente al rango de ayo de príncipe, de consejero, de conde... aspirando y logrando con escándalo del reino y con toda la osadía de un favorito hasta la mano de una mujer unida á la familia real por los vínculos de la sangre, montando su casa con la etiqueta y servidumbre palaciega, y hasta el punto de contar él, primer ministro, entre las damas de honor de esa su insolente esposa, á la hija de otro ministro: le patenté la conducta descabellada de su parienta traficando con su posición, con su hermosura, con los empleos... se le pinté, en fin, haciendo gala de su ilimitado poder, y burlándose casi en público de la aprensión... de la nulidad, de la demencia de un rey á quien todo lo debe, y á quien manda como á un esclavo, ó más bien como á un autómatas... Al oír esto, un rayo de indignación brilló en aquel rostro desfigurado; sus facciones pálidas y ajadas se encendieron de repente, y con un tono que me sorprendió empezó á exclamar á gritos: «¡Estruansé! ¡infame!... ¡Estruansé! ¡que venga aquí! ¡quiero hablarle!»

KOLL. ¡Cielos!

REINA. De allí á poco vino Estruansé con aquel aire de superioridad... de seguridad... dirigiéndome al paso una sonrisa de triunfo y de desdén. El rey estaba irritado... aquella era la ocasión... pero en vano. Yo los dejé solos, é ignoro qué armas pudo emplear en su defensa: lo que sé es que este incidente ha contribuido á aumentar el ascendiente del favorito; que la condesa estaba anoche más altanera que nunca, y que han llegado al pináculo del poder: ese decreto que ha arrancado al infeliz monarca, y que publica hoy la *Gaceta oficial*, reviste al primer ministro, á nuestro mortal enemigo, de toda la potestad real.

KOLL. Y el primer uso que harán de ella será contra vos, señora; no dudaré que llegue su venganza hasta el punto de...

REINA. Sí; y es preciso evitarlo... es preciso que hoy mismo... ¿Quién viene?

KOLL. (*Mirando al foro.*) ¡Favoritos del favorito!... El sobrino del ministro de Marina, Federico Geler... y Falklend, el ministro de la Guerra... ese hombre que para adular á Estruansé no ha dudado en consentir la humillación de hacer á su hija dama de honor de la condesa... Ella viene con él.

REINA. Sí: Carolina: silencio delante de ella.

ESCENA III

GELER, CAROLINA, FALKLEND, LA REINA, KOLLER

GEL. (*Dando la mano á Carolina.*) Sí; hoy acompaño á la condesa Estruansé en la magnífica cabalgada que ha dispuesto... Si viérais, Carolina, qué bien se tiene á caballo... ¡con un aire! ¡oh, aquello no es una mujer!

REINA. (*A Koller.*) No; es un sargento de caballería.

CAR. (*A Falklend.*) ¡La reina madre!... (*Los tres la saludan.*) Señora, iba á ver á Vuestra Majestad.

REINA. (*Con sorpresa.*) ¿A mí?

CAR. Tenía encargo de hacer á Vuestra Majestad una súplica.

REINA. Esta es la mejor ocasión.

FAL. Hija mía, te dejo; voy al cuarto del conde de Estruansé, nuestro primer ministro.

GEL. Yo os acompaño: tengo que complimentarle por mí y por mi tío, el ministro de Marina, que está hoy algo indispuesto.

FAL. ¿De veras?

GEL. Sí; ayer tarde acompañó á la condesa Es-

truansé en el paseo que dió en la falúa real... y el mar le ha hecho daño...

REINA. ¡A un ministro de Marina!

GEL. ¡Oh, no será nada!

FAL. (*Viendo á Koller.*) ¡Ah, buenos días, coronel Koller!... ya sabéis que no me olvidó de vuestra pretensión.

REINA. (*Bajo á Koller.*) ¿Vos pretendéis de ellos?

KOLL. (*Idem.*) Por alejar toda sospecha.

FAL. Por ahora, amigo, no hay cabida: la condesa Estruansé nos ha recomendado á un joven oficial de dragones.

GEL. ¡Hermosa figura! en el último baile se llevó la atención bailando la húngara.

FAL. Pero ya veremos; entraréis á la primera promoción de generales, si continuáis sirviéndonos con el mismo celo.

REINA. ¡Y si aprendéis á bailar!

FAL. (*Sonriéndose.*) ¡Su Majestad está hoy de un humor graciosísimo!... veo que participa de la satisfacción que nos causa á todos el nuevo favor concedido á Estruansé... Tengo el honor de ofrecer á Vuestra Majestad mis respetos. (*Entrase por la derecha con Geler.*)

ESCENA IV

CAROLINA, LA REINA, KOLLER

REINA. Hablad, pues señorita, veníais...

CAR. Señora, la condesa Estruansé me ha rogado...

REINA. ¡La condesa Estruansé!... (*A Koller.*) ¿Qué embajada será esta?

CAR. Que diese parte á Vuestra Majestad de que mañana da un baile en su palacio, y le suplicase al mismo tiempo en su nombre que se dignase honrarlo con su presencia...

REINA. ¿Yo?... (*A Koller.*) ¡Qué insolencia!—¿Con que un baile?...

CAR. Sí, señora: ¡un baile magnífico!...

REINA. ¡Para celebrar sin duda su nuevo triunfo!... Y tiene la bondad de convidarme... ¡á mí!

CAR. Señora... ¿qué le diré?

REINA. Que no.

CAR. ¡Señora!... ¡Vuestra Majestad se niega!...

REINA. ¿Y queréis que os dé las razones, no es verdad? ¡Aun no he olvidado el decoro que se me debe como reina y como mujer, y nunca autorizaré con mi presencia el escándalo de esos saraos, el olvido del pu-

dor, el desprecio de las costumbres públicas! Donde presiden Estruansé y su mujer... donde reinan la traición y la deshonra... no hay sitio para mí... ¡ni para vos tampoco, señorita!... Y ya creo que lo hubierais echado de ver, si vuestro padre, atento sólo á su ambición, al permitiros alternar en semejante sociedad, ¡no os mandase sin duda cerrar los ojos sobre lo que allí pasa!...

CAR. Ignoro, señora, lo que puede motivar la severidad y el rigor que Vuestra Majestad manifiesta... y no entraré en una discusión ajena de mi edad y mi conducta. Sumisa á mis deberes, yo obedezco á mis padres y nada más... á nadie tengo motivo de acusar, porque nada he visto... Si á mí me acusaren, ¡dejaré á mi conducta el cuidado de mi defensa!... (Saludando.) A los pies de Vuestra Majestad.

REINA. ¿Os vais?... ¿tanta prisa corre la contestación?...

CAR. No, señora... otros quehaceres...

REINA. ¡Ah! sí, se me había olvidado... ya sé que vuestro padre también da hoy un convite... ¡no se ve otra cosa! ¿una gran comida, según creo, á que deben asistir todos los ministros?

CAR. Sí, señora.

KOLL. ¡Convite diplomático!

REINA. Tiene otro motivo además: vuestro contrato de boda...

CAR. ¡Cielos!

REINA. Con Federico Geler, el que acabamos de ver... el sobrino del ministro de Marina... ¿Qué, no lo sabíais? ¿Es esta la primera noticia?

CAR. Sí, señora.

REINA. Siento habérsela dado, porque parece que no os ha agradado...

CAR. Señora, mi obligación y mi deseo serán siempre obedecer á mi padre. (Saluda y vase.)

ESCENA V

LA REINA, KOLLER

REINA. Ya lo habéis oído, Koller... esta tarde en el palacio del conde de Falklend... ese convite donde se hallarán reunidos Estruansé y sus colegas... Eso es lo que iba á contaros cuando vinieron á interrumpirnos.

KOLL. Y bien, señora, ¿qué hacemos con eso?

REINA. (En voz baja.) ¡Cómo! ¿qué hacemos!... ¿No veis cómo el cielo nos entrega así á todos nuestros enemigos de una vez? Es preciso apoderarnos de ellos.

KOLL. ¿Qué decís?

REINA. El regimiento que vos mandáis está de guardia en palacio esta semana... podéis disponer de él... y sobra para una empresa que sólo pide prontitud y osadía.

KOLL. ¿Y creéis?

REINA. Por lo que he visto ayer, el rey, á causa de su debilidad, no tomará ningún partido, pero aprobará seguramente todos los que se tomen. Una vez destituido Estruansé, no faltarán pruebas contra él... pero lo primero es echarlo abajo... es cosa fácil... si he de creer en esta lista que me habéis dado y que os devuelvo. Es el único medio de acabar con ese usurpador... y tomar yo la regencia en nombre de Cristiano VII.

KOLL. Tenéis razón, un golpe atrevido: es lo más pronto... esto vale más que todas esas intrigas diplomáticas, de que no entiendo una palabra. Esta tarde os entrego los ministros, muertos ó vivos... nada de perdón... el primero Estruansé... Geler, Falklent, ¡y el conde Beltrán de Rantzau!...

REINA. No, no; á ese no hay que tocarle.

KOLL. A ese más que á ninguno; le aborrezco personalmente: sus chanzonetas continuas contra los oficiales palaciegos, soldados de antecámara, como él los llama...

REINA. ¿Y qué os importa eso?

KOLL. Es que lo dice por mí, bien le entiendo... y me vengaré...

REINA. Bueno; pero no ahora.—Necesitamos de él... lo necesitamos mucho para que ponga de nuestra parte al pueblo y á la corte. Su nombre, sus riquezas, sus talentos personales pueden dar consistencia á nuestro partido... que no la tiene; porque todos esos nombres que me habéis enseñado valen poco... son de ninguna influencia, y no basta derribar á Estruansé, es preciso que uno ocupe su lugar... y sobre todo que sepa mantenerse en él.

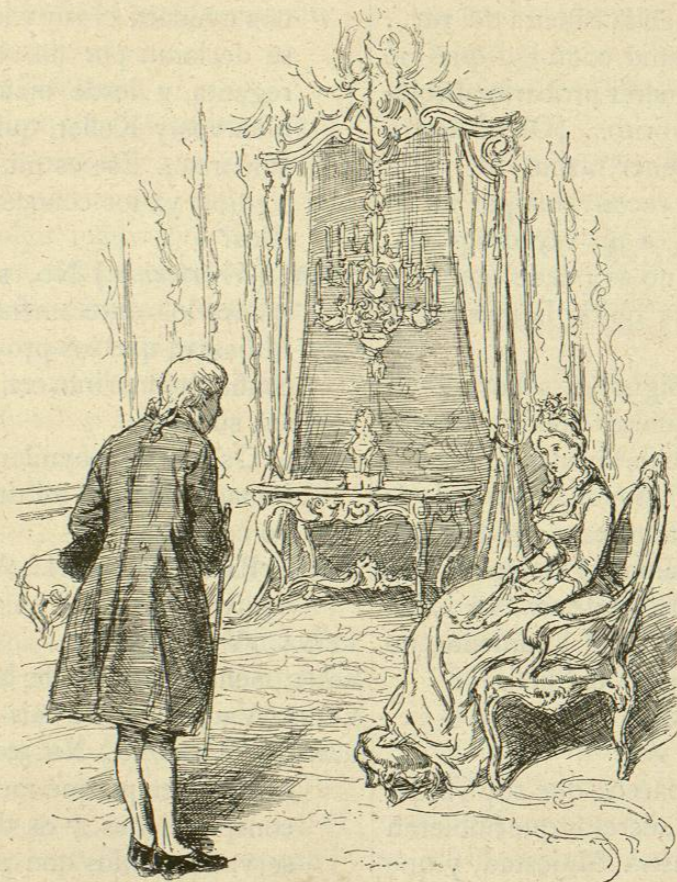
KOLL. Convengo... ¡pero ir á buscar aliados entre vuestros enemigos!...

REINA. Rantzau no lo es: tengo pruebas de ello: ha podido perderme mil veces, y no tan sólo no lo ha hecho, sino que en mil ocasiones me ha advertido indirectamente los riesgos á que iba á exponerme mi im-

prudencia; por último, estoy segura de que Estruansé, su colega, le teme y quisiera deshacerse de él; que él por su parte aborrece á Estruansé y vería con placer su caída... ya veis... de esto á ayudarnos, no hay más que un paso...

KOLL. Es verdad... pero yo no puedo sufrir á

ese Beltrán de Rantzau... es un viejecillo maligno, que, aunque en verdad no es enemigo de nadie, tampoco es amigo más que de sí propio. Si conspira, es sólo en provecho suyo... ¡todo para él!... en fin, un conspirador egoísta, ¡con el cual nada se puede ganar!...



ESCENA VI

RANTZAU, LA REINA

REINA. Estáis equivocado... (Mirando hacia la izquierda.) ¡Mirad! ¿lo veis en aquella galería, conversando con el gran chambelán?... Sin duda irá al consejo... dejadnos; antes de atraerlo á nuestro partido, ni descubrirle nada de nuestros proyectos, quiero saber cómo piensa.

KOLL. ¡Trabajo os mando, señora!—De todos modos, voy por el pronto á hacer que algunos de los nuestros se repartan por la ciudad y vayan preparando la opinión pública... Herman y Gustavo son conspiradores subalternos, á esos no hay sino pagarlos... Hasta la tarde; contad conmigo y con el sable de mis soldados... en materia de conspiraciones esto es lo que hay de más positivo. (Vase por el foro, señalando á Rantzau, que sale por la izquierda.)

REINA. (A Rantzau, que la saluda.) Vos también, señor conde, venís á palacio á felicitar á vuestro muy alto y muy poderoso colega...

RANT. ¿Y quién os dice, señora, que no vengo para hacer la corte á Vuestra Majestad?

REINA. Eso sería muy generoso... muy digno de vos, por otra parte; en el momento en que estoy más en desgracia... en que voy á ser desterrada tal vez...

RANT. ¿Creéis que se atreverían?...

REINA. Eso os podría yo preguntar, á vos, Beltrán de Rantzau, ministro, y de influencia... á vos, miembro del consejo.

RANT. ¡Yo! ignoro cuanto en él pasa... nunca